

»no puedan hacer los hombres». Oyéndole hablar así, se llegó á él el P. Caputi, pidiéndole la bendición y permiso para ir á Nuestra Señora de los Montes á pedir su curación. Muy complacido el Santo, le dijo: «En cuanto á mi salud, obedecemos sin resistencia á la divina voluntad, dispuestos á ejecutar cuanto nos ordene». Hicieron aquella peregrinación el P. Caputi y otro de sus hermanos á pie, rezando el rosario, con lo que quedó muy consolado nuestro santo enfermo, siempre satisfecho cuando veía que sus religiosos honraban á la Santísima Virgen.

El 20 de agosto, después de la comunión y de la acción de gracias preguntó al P. Berro que le asistía: «¿A cuántos estamos?—A 20, fiesta de San Bernardo, cuyo Oficio y Misa hemos rezado hoy». Entonces añadió el Santo: «Veinte y cinco son veinticinco, y uno veintiséis, y uno veintisiete». El P. Berro, que le había oído contar de aquella manera muchas veces durante la enfermedad, le preguntó: «¿Qué quiere decir V. P. con eso?—Moriré en esos días, replicó el Santo». Efectivamente, el 25 voló su alma al cielo, y el 27 se le hicieron los funerales.

Hallándolo sin fiebre los médicos, no perdían las esperanzas; pero notando que poco á poco iban declinando las fuerzas, continuaron probando nuevos remedios. Obedecía el enfermo escrupulosamente, tomando los que más le repugnaban, y aun los que aumentaban el fuego interior que lo devoraba, y los agudos dolores del hígado. Su mayor alivio era hacer gárgaras con agua fría, pero nunca bebió una gota para no desobedecer á los médicos. La siguiente noche lo velaba el P. Caputi que creyó que descansaría algo, pero no durmió más que un poco, y su guardián le oía conversar la mayor parte de la noche con personas que no veía, y cuya voz no pudo distinguir. No oyó claramente más que estas palabras: «He hecho mucho, y no he hecho nada: mis pecados merecen el infierno, mas espero obtener misericordia por vuestra intercesión». Aquella conversación duró una hora, no osando interrumpirla el P. Caputi.

El 21, viernes, no quiso hacer gárgaras en memoria de la Pasión, aunque aquella agua le ayudaba á quitarse las mucosidades del catarro, sufriendo de una manera inconcebible con el calor interior. Tomás Coccheti, caballero inglés, cuyo nombre ha aparecido ya en esta historia, le propuso que se pusiera en la boca trozos de limón, remojados primero y espolvoreados después con azúcar, y lo hizo así el 22 de agosto, cuando ya había pasado el viernes, encontrando gran alivio. Pero tres días después volvió á verle Coccheti, y tuvo la desgraciada idea de decirle: «No me extraña que haya tenido éxito el remedio: lo inventó Enrique VIII, hallándose muy bien con él». Al oír aquellas palabras, arrojó el Santo la parte que tenía en la boca, diciendo: «No, no puedo servirme de una cosa inventada por un hereje, y que sirvió... lejos, lejos, arrojadlo lejos». Y exigió que lo echasen todo por la ventana.

El 22, acostóse de memoria, con la cara al cielo, no querien-

do cambiar de posición en los tres días que vivió. Estaba completamente recogido en Dios, mostrando claramente que no quería que lo distrajeran. Dábanle remedios que no hacían sino aumentar el mal, y los tomaba sin decir más que estas palabras: «Todo me hace ir más aprisa». Envióle veinticinco escudos una alma caritativa; envió siete al Superior de la casa, poniendo tres en un papel y cuatro en otro para darlos á Castellani y á Pergnani respectivamente, que lo habían cuidado con tanta solicitud como afecto, despidiéndose de ellos. Aseguráronle los médicos que estaba mucho mejor, y que con el fresco del otoño quedaría completamente curado: mas él respondió: «Me siento más abrasado que nunca; estoy en las manos de Dios, sometido enteramente á su voluntad santísima: no se tomen por mí tanto trabajo». Dijole el P. Castello que no temiera: «Tengo confianza, le contestó, porque me ha prometido su auxilio la Santísima Virgen: no dude V. P. que soy muy feliz en sus brazos». La tarde del 22 pidió el viático, y se le dió la mañana siguiente, acompañándolo todos los Religiosos. Entonces, en presencia de Nuestro Señor, ante aquel Tribunal de verdad, como le llamaba él, con más unción que de costumbre—y efectivamente parecía que ardía su cara—oró, hizo los actos de fe y de las principales virtudes, pidió perdón á todos sus hijos, si los había ofendido, y protestó que perdonaba de todo corazón á todos los que de cualquier manera lo hubieran injuriado. Les dejó en testamento la obediencia y sumisión á la Sede Apostólica, el celo por el Instituto, y principalmente la devoción á la Santísima Virgen, que les legaba por Patrona, recomendándoles que rezasen el Rosario. Dijo inmediatamente el *Confiteor* y el *Domine, non sum dignus* con tales sentimientos que no pudieron contener las lágrimas los asistentes. Arrodillados y anegados en llanto sus hijos, le suplicaron que los bendijera, y como se negase el Santo, protestando que no era digno, le aseguraron que no se levantarían sin haber recibido su bendición. San Francisco había bendecido á sus hijos antes de morir. «Dadme el espíritu de San Francisco, contestó José, y os bendeciré yo también.» Cediendo su humildad ante sus ruegos, levantó al cielo los ojos, bendijo á los presentes y ausentes y aún á los futuros Religiosos. El resto de aquel día lo pasó recogido, diciendo después al P. Berro: «Hará V. R. saber á todos los Religiosos en mi nombre, que cuanto más nos humillemos, más nos exaltará Dios». V. P., le contestó llorando el Padre, se va al cielo: muy bien conoce nuestras dificultades: acuérdesse de sus hijos.—Si voy al Paraíso, como lo espero de la bondad de Dios; por la intercesión de la Santísima Virgen, me acordaré; no, no lo dude V. R. Haga saber á todos que deben ser devotos del Santo Rosario que nos hace conocer la vida, pasión y gloria de nuestro Redentor: que no lo duden, se lo repito, que no lo duden, nuestras cosas se arreglarán».

El lunes, 24, víspera de su muerte, envió dos Religiosos al

Cardenal, Presidente de la Dataría, para obtener la Bendición Papal *in articulo mortis*. «Mucho siento, dijo Su Eminencia, que muera un hombre que ha vivido tan santamente». Al darle su bendición Inocencio X, le mandó decir que pidiera por él.

Envió después José otros dos Religiosos á San Pedro del Vaticano: «Id, les dijo, de mi parte á besar los pies de San Pedro, inclinándolo allí la cabeza en mi nombre. Ante la Confesión de los Santos Apóstoles, haced por mí la profesión de fe, diciéndoles que quiero morir y vivir en la fe que ellos nos enseñaron. Pedidles que me ayuden en el momento de mi muerte, como lo han hecho en mi vida». Pidió también el bonete de San Felipe Neri y otras reliquias, bendiciones é indulgencias. Le ofreció el P. García llevarle la reliquia de San Pantaleón y otras que se conservaban en la Iglesia. «Traedla, dijo el Santo, y si tardáis mucho, ya no habrá tiempo.»

Durante aquella enfermedad, y sobre todo, á medida que se acercaba al fin, los principales personajes de Roma seguían con ansiedad todos los incidentes, se juntaban en la pequeña habitación del Santo ó enviaban diariamente su ayuda de cámara para tener noticias. Sería muy larga y sin interés para nuestros lectores la lista de todos aquellos Cardenales, Principes, Embajadores y grandes Señores. Evidentemente se operaba en su favor una reacción en todos los espíritus, aun en los que estuvieron tan prevenidos contra él en otro tiempo: la muerte había cerrado la boca á los calumniadores, y nadie había querido tomar su papel. Unos le pedían la bendición, encomendándose á sus oraciones, otros hacían que tocasen sus rosarios, y otros, los más, se permitieron algunos piadosos hurtos. D. Pallota, sacerdote ejemplar, hermano del Cardenal del mismo nombre se llevó el gorro blanco, que se había quitado el Santo para saludarle. Aquellos gorros de dormir, apenas habían tocado la cabeza, ya eran objeto de la ambición de todo el mundo. La madre del Cardenal Grimaldi le envió dos con la condición de que se los devolvieran: á cada momento se le cambiaban á pretexto de secarlos, y no se veían más. Un caballero llevó consigo á un joven muy piadoso, pero demasiado hábil, con orden de tomar todo lo que pudiera del cuarto. Se llevó, sin que los padres lo advirtieran, un botecito de porcelana, una taza, y un plato de que se servía nuestro Santo. En un sólo día se llevaron de esta manera, mas de cincuenta objetos de poco valor, tazas, vasos, botes, platos, platillos, palanganas: robaron dos pares de zapatos viejos que había sobre la cama, los paños que se le habían aplicado á las llagas; arrancaron el crin de la silla; y se hubieran llevado los taburetes, si no se hubieran opuesto los Padres, y no hubieran encerrado todo lo que se libró del saqueo. Acompañaron á aquellas visitas algunos incidentes que no podemos pasar por alto. El Sr. Vannucci, sacerdote dignísimo, Capellán del Papa y amigo muy antiguo de José, le dijo: «Padre General, V. P. se va al Paraíso dejándome á mí en este mundo miserable: por favor,

»pida al Señor que me lleve». «Lo haré» respondió. En efecto, murió quince días después. Filipino, hermano del Cardenal, dijo al P. Caputi después de haber visto al Santo: «El P. General muere como ha vivido ¡qué feliz! Me ha prometido que rogará á Dios por mí, por mi hermano el Cardenal, por el Príncipe y por toda nuestra familia: qué felicidad la nuestra!» Los principales personajes quedaban satisfechos entrando en su habitación y besándole la mano. El P. Cherubini, Carmelita Descalzo, y gran siervo de Dios, llegó sólo al umbral de la puerta, lo vió en éxtasis, rodeado de resplandores celestiales, y se retiró maravillado sin haber querido turbarle. Presentóse un hombre principal, y José se negó á recibirle. Lleno de confusión al ver que entraban todos, y á él se había negado la entrada, se examinó, y reconocióse en pecado mortal. Se confesó y lo recibió el Santo. Se arrodilló ante su cama un pintor célebre para recibir su bendición. Negósele José, mirándole con semblante severo: reflexionó el maestro, se halló en pecado mortal, hizo un acto de contrición, prometiendo á Dios cambiar de vida. Volvióse entonces el Santo, y sonriente le bendijo, recomendándole que cumpliera la promesa que había hecho. Más asombrado entonces el artista, exclamó en presencia de los Padres: «es un Santo, ha leído en el fondo de mi conciencia», y les contó lo que acababa de sucederle.

Previsani, amigo íntimo de José, se había herido la rodilla derecha en una caída: estaba en cama sufriendo cruelmente. Sabiendo que estaba para morir el Santo, mandó que le vistieran, y apoyándose en dos personas, se hizo trasladar con mucho dolor hasta la cama del moribundo, para que echase la bendición sobre su rodilla. Lo consoló José, y bendiciéndole, lo curó. Entusiasmado Previsani, comenzó á dar saltos y brincos, se apoderó de una taza en que tomaba caldo el Santo, y corriendo sin apoyo de nadie, se la llevó á su casa.

El 24 de agosto, suplicó el Santo al P. García, Superior de San Pantaleón, que tomase la llave de la caja en presencia de otros dos Padres, y las llaves de dos alhacenas que había en su cuarto, y se llevase todo fuera, porque quería morir despojado de todo, y en la más estricta pobreza, aunque hacía tiempo que no poseía nada. Después le suplicó que le administrasen la Extrema Unción sin tardar más, y que acudiesen uno por uno los Padres para hacerle la recomendación del alma y leerle la Pasión. No querían consentirlo los médicos que esperaban siempre su curación, no habiéndose agravado su estado, y no hallándose señal alguna de muerte próxima. «Vuestra solicitud, les dijo, y vuestros remedios son enteramente inútiles, porque llega la hora, y me dispongo para el viaje». Poco convencido Pergnani, le dijo despidiéndose: «Se hace de noche, P. General, bendigame V. P., y hasta mañana». — «Le doy las gracias por la caridad que ha tenido conmigo: que Dios lo bendiga. Mañana asistirá V. á mi autopsia, y verá que el mal está aquí» respon-

dióle, señalándole la región del hígado. Al anochecer le administraron la Extrema Unción, según sus deseos, recibéndola con los mismos sentimientos de edificante piedad, y respondiendo á todas las oraciones. No se veía inminente peligro, y sólo para darle gusto le leyeron todos los Padres uno después de otro la recomendación del alma. Como se hacían aquellas oraciones en el Oratorio contiguo, las seguía interiormente, repitiéndolas en voz baja. Viendo el que le asistía que el calor de la fiebre le secaba la lengua y la garganta, impidiéndole pronunciar las palabras, le preguntó si quería refrescarse un poco con agua fría. «Si, le dijo, pero en la taza de la cruz de Malta». Mgr. Balaguer, Obispo de Malta, le había dado como recuerdo aquella modesta escudilla de tierra grosera que tenía en medio un bajo relieve que representaba la cruz de Malta y los misterios de la Pasión. La besó con respeto, y después de refrescarse un poco, comenzó á besar aquellas imágenes de la Pasión. Aumentaba más y más el ardor que lo consumía. El P. Caputi quiso aliviarle un poco, «y entonces, dice el Padre, colocó su mano sobre la mía; estaba ardiendo, y viendo que la retiraba, me dijo: ¿Está caliente, hijo mío, no es verdad? Ved, pues, cual será el calor que tengo interiormente. ¡Bendito sea Dios!» A media noche le dieron un confortativo ordenado por los médicos: lo tomó diciendo: «Hagamos lo que ordenan los médicos, pero esto no servirá de nada». Quiso con ayuda del P. Berro rezar Maitines y Laudes de San Bartolomé que se celebra en Roma el 25 de agosto. Ni un día había dejado de rezar el Oficio durante su enfermedad; el de aquel día debía terminarlo en el Paraíso. Preguntó después qué hora era.—Las dos, le contestaron.—Comenzó á contar con los dedos: tres, cuatro, cinco, sin seguir adelante. Sólo después de muerto comprendieron aquel cálculo, pues expiró á las cinco. Se continuó, para darle gusto, la recomendación del alma. Al acabar bendijo á los últimos que la habían hecho, y les dijo: «Idos á descansar, hijos míos». Y quedándose uno de ellos, le dijo: «Hijo mío, aprende á soportar este trabajo, porque te lo recompensará el Señor.—Padre, replicó el Religioso: sólo una cosa suplico á V. P., que, cuando esté en el Paraíso, ruegue á Dios para que me haga buen Religioso.—Lo haré, pero es necesario que te ayudes tú mismo». A las cuatro le ofrecieron una poción ordenada por los médicos; mas era tan grande su debilidad, que no la pudo tomar. Insistió el que le asistía para que tomase cinco cucharadas en honor de las cinco llagas de nuestro Señor; hizo entonces un supremo esfuerzo, las pasó contándolas, y añadió después: «Basta, no más; además son las cinco, es inútil».



## CAPITULO XXIX

## LAS EXEQUIAS

25, 26 Y 27 DE AGOSTO DE 1648

**Q**UY notable fué el último acto de su vida. Hacía tres días que estaba acostado de memoria, como todos los moribundos, con los brazos tendidos fuera de la cama. De repente metió el brazo izquierdo, tomó la punta de la manta, y la arregló para morir en estado de perfecta modestia. Cuando quisieron tomarle la mano tenía tan sujeta aquella parte de la manta que lo cubría, que no se pudo retirar nunca, como diremos más adelante.

A las cinco no había más que dos Religiosos cerca de la cama: rezaba uno las oraciones de los agonizantes en voz alta, y le aconsejó el otro que las dijera más bajo, para no fatigar al enfermo que parecía querer descansar. «No, respondió el Santo, me haréis sufrir si no seguis». Al cabo de un cuarto de hora observó el enfermero que se concluía rápidamente, que se hacía más difícil la respiración, y que repetía con más frecuencia pero menos distintamente los Dulcísimos Nombres de Jesús y de María. Hizo entonces la señal de campana convenida, y al momento acudió toda la casa para la última recomendación del alma; era demasiado tarde. Eran las cinco y media del 25 de agosto de 1648; le faltaban solamente diez y seis días para cumplir los 92 años. No hubo señales de agonía, no se conoció el delirio; hasta el último momento conservó el uso de los sentidos. Levantó el brazo derecho para bendecir á sus hijos, elevó los ojos al cielo, y exclamó tres veces Jesús, Jesús, Jesús, expirando tranquilamente.

A la muerte de San José, todos los Religiosos, que tan afligidos estuvieron durante su enfermedad, sintieronse repentinamente llenos de alegría extraordinaria, como si lo vieran inmortal. Dejaron escrita esta relación testigos oculares, ó lo declararon en el proceso de Beatificación. «Durante su agonía, escribe el P. Caputi, llorábamos todos á nuestro querido Padre; pero cuando murió, sentimos todos de repente tal explosión de felicidad que nos abrazábamos mutuamente con alegría in-